



## ACTO SEGUNDO

Un salón del palacio de la Brancador.

### ESCENA PRIMERA

AVALOROS, SARPI, PAQUITA

AVALOROS.—¿Está de veras enferma nuestra soberana?

PAQUITA.—Un poco de melancolía.

AVALOROS.—¿Será el pensamiento una enfermedad?

PAQUITA.—¡Vaya! Pero, ya podeis estar tranquilo: no enfermaréis jamás.

SARPI.—Ve á decir á mi querida prima que el señor Avaloros y yo esperamos sus órdenes.

AVALOROS.—Allá van dos escudos para que le digas que pienso...

PAQUITA.—Le diré que derrocháis. Voy á ver si la hago vestir. *(Sale)*.

### ESCENA II

AVALOROS, SARPI

SARPI.—¡Pobre virey! El es el joven y yo el viejo.

AVALOROS.—Mientras vuestra primita lo vuelve tonto, vos desplegais la actividad de un gran político preparando al rey la conquista de la Navarra francesa. Si tuviera una hija os la daría. El bueno de Lothundiaz no se chupa el dedo.

SARPI.—Ah! fundar una gran casa, dejar un nombre en la historia de su país, ser Granvela ó el duque de Alba...!

AVALOROS.—Es verdad. ¡Qué hermoso! Yo también pienso crearme un nombre. El emperador ha hecho á los Fugger príncipes de Babenhausen y el título les cuesta un millón de escudos de oro. Yo quiero ser un grande hombre baratito.

SARPI.—¡Vos! ¿Y de qué manera?

AVALOROS.—Ese Fontanares tiene en su mano el porvenir del comercio.

SARPI.—¡Cómo! ¿Vos tan positivista creéis en eso?

AVALOROS.—Desde que se han inventado la pólvora y la imprenta, y desde que se ha descubierto el nuevo mundo, creo en todo. Aún cuando me dijeran que un hombre ha encontrado el medio de tener aquí, en diez minutos, noticias de París, ó que el agua contiene fuego ó que aun existen Indias por descubrir, ó que nos podemos pasear por los aires jamás diría que no, y daría...

SARPI.—¿Vuestro dinero?

AVALOROS.—No; pero me interesaría mucho por todo eso.

SARPI.—Si el buque ese navegara como dice el inventor, quereis ser con respecto á Fontanares lo que América es con respecto á Colón.

AVALOROS.—¿Acaso no tengo en el bolsillo con qué pagar á diez hombres de genio?

SARPI.—¿Y cómo os arreglaríais?

AVALOROS.—¡El dinero! Este es el gran secreto. Perdiendo dinero se gana tiempo, y con el tiempo todo es posible, hasta convertir en malo un buen negocio. Y mientras los demás se desesperan, le echamos la garra y nos quedamos con él. El dinero es la vida. El dinero es la satisfacción de las necesidades y de los deseos. En un hombre de genio hay siempre un niño lleno de caprichos. Gastando al hombre, tarde ó temprano se da con el niño. El niño será mi deudor y el hombre de genio irá á la cárcel.

SARPI.—¿Y qué habreis adelantado?

AVALOROS.—Desconfía de mis ofrecimientos. El no, su criado. Trataré, pues, con ese tuno.

SARPI.—No tan de prisa señor banquero. Tengo orden de enviar todos los navíos de Barcelona á las costas de Francia; y, por una precaución de los enemigos que se hizo en Valladolid Fontanares, esta orden es absoluta y posterior á la carta del rey.

AVALOROS.—¿Cuánto queréis en el negocio?

SARPI.—Ser gran maestre de las construcciones navales.

AVALOROS.—¿Y qué quedará entonces para mí?

SARPI.—La gloria.

AVALOROS.—¡Astuto!

SARPI.—¡Gloton!

AVALOROS.—Ante todo, cacemos juntos. Ya tendremos luego tiempo de disputar. Esa mano. (*Aparte*). Soy el más fuerte. Por la Brancador, el virey es mío.

SARPI.—(*Aparte*). Bastante lo hemos engordado ya. Matémosle ahora. Tengo medios de perderlo.

AVALOROS.—Es preciso que Quínola esté de

nuestra parte. Lo he mandado á buscar para que tengamos una entrevista con la Brancador.

### ESCENA III

Los mismos, QUÍNOLA

QUÍNOLA.—Buena compañía!... ¡Entre dos ladrones! Pero estos se pavonean con sus virtudes hipócritas y sus maneras distinguidas: son inviolables. ¡A nosotros nos ahorcan!

SARPI.—Bribón! Mientras tu amo trabaja para que los buques anden solos tú deberías estar remando en una galera.

QUÍNOLA.—El rey lo ha entendido de otro modo. Sabe apreciar los méritos y premiarlos.

SARPI.—Te vigilarán.

QUÍNOLA.—¡Ya lo creo! Yo mismo me vigilo.

AVALOROS.—No le asustéis. Es un buen muchacho. Veamos, ¿Te has formado alguna vez idea de la fortuna?

QUÍNOLA.—Jamás. La he visto siempre desde muy lejos.

AVALOROS.—Algo así como dos mil escudos de oro.

QUÍNOLA.—¿Qué? Se me va la cabeza. Conque existen dos mil escudos de oro? ¡Ser propietario, tener su casa, su criada, su caballo, su mujer, sus rentas, estar protegido por la Santa Hermandad en vez de tenerla sobre los talones! ¿Qué hay que hacer?

AVALOROS.—Ayudarme á realizar un contrato favorable para tu amo y para mí.

QUÍNOLA.—¡Comprendo! Maniatarlo. Ah! señora conciencia, tened la bondad de callaros por ahora; es preciso olvidaros por al-

gunos días, hermosa; luego seremos amigos para siempre.

AVALOROS.—(A Sarpi). Ya le tenemos.

SARPI.—(A Avaloros). ¡Se burla de nosotros! Estará más serio.

QUÍNOLA.—¿Y no tendré los dos mil escudos de oro sinó después de haber firmado el pacto?

SARPI.—(Con viveza). Puedes tenerlos antes.

QUÍNOLA.—Bah! (Tendiendo la mano). ¡Vengan!

AVALOROS.—Firmándome unas letras... vendidas.

QUÍNOLA.—Ni el Gran Turco presenta el lazo con mayor delicadeza.

SARPI.—¿Tiene tu amo el buque?

QUÍNOLA.—Es verdad que Valladolid está lejos, señor secretario; pero tenemos allí una pluma que puede firmar vuestra perdición.

SARPI.—Te aplastaría.

QUÍNOLA.—Tan delgadito me haría que eso sería imposible.

AVALOROS.—Vamos, tunante, ¿qué quieres, pues?

QUÍNOLA.—Ah! eso se llama hablar bien.

#### ESCENA IV

Los mismos, FAUSTINA y PAQUITA.

PAQUITA.—Caballeros, aquí está la señora.

#### ESCENA V

Los mismos, menos PAQUITA

QUÍNOLA.—(Acercándose á la Brancador). Señora, mi amo habla de matarse si no tiene al fin el buque que el conde de Sarpi le

niega desde hace un mes. El señor Avaloros le exige la vida al ofrecerle su bolsa, ¿comprendéis? (Aparte) Una mujer nos salvó en Valladolid; las mujeres nos salvarán en Barcelona. (Alto, á la Brancador) ¡Está muy triste!

AVALOROS.—El miserable tiene audacia.

QUÍNOLA.—Y sin dinero. Esto os admirará.

SARPI.—(A Quínola) Entra á mi servicio.

QUÍNOLA.—No tomo amo así como así.

FAUSTINA.—(Aparte) ¡Está triste! (Alto). ¿Cómo es eso? ¿Vos, Sarpi, y vos, Avaloros, por quienes tanto he hecho, apenas llega un pobre hombre de genio le perseguís en vez de protegerlo? (Avaloros y Sarpi dan muestras de impresión) ¡Quitad allá! (A Quínola). Me vas á explicar lo que traman contra tu amo.

SARPI.—(A Faustina). Querida prima, no se necesita gran perspicacia para adivinar la clase de enfermedad que os aqueja desde la llegada de ese Fontanares.

AVALOROS.—(A Faustina). Me debéis, señora, dos mil escudos de oro, y todavía tendréis que recurrir á mí.

FAUSTINA.—¡Yo! ¿Qué os he pedido?

AVALOROS.—Nada, pero aceptáis cuanto tengo la dicha de ofrecerlos.

FAUSTINA.—Vuestro privilegio para el comercio de trigos es un abuso monstruoso.

AVALOROS.—Os debo, señora, dos mil escudos de oro.

FAUSTINA.—Firmadme un recibo de esos dos mil escudos que os debo, y un bono de la misma suma que no os deberé. (A Sarpi). Después de haberos elevado á la posición en que os encontráis, no seríais gran polí-

tico que digamos si no os resignáis á guardar mi secreto.

SARPI.—Os debo demasiado para pagaros con una ingratitud.

FAUSTINA.—(*Aparte*). Piensa todo lo contrario. Me mandará al virey furioso. (*Sale Sarpi*).

#### ESCENA VI

Los mismos, menos SARPI

AVALOROS.—Tened, señora.

FAUSTINA.—Está bien.

AVALOROS.—¿Seremos aún enemigos?

FAUSTINA.—Vuestro privilegio de los trigos es completamente legal.

AVALOROS.—Ah! señora!

QUÍNOLA.—(*Aparte*). Esto se llama hacer negocios.

AVALOROS.—Sois, señora, una alma noble, y yo soy...

QUÍNOLA.—(*Aparte*). Un verdadero lince.

FAUSTINA.—(*Dando el bono á Quínola*). Esto, amigo, para los gastos de la máquina de tu amo.

AVALOROS.—(*A Faustina*). No se los déis, señora; puede quedarse con ellos. Además, sed prudente, esperad...

QUÍNOLA.—(*Aparte*). Salto de la zona tórrida al polo: ¡Buen juego está la vida!

FAUSTINA.—Tenéis razón. (*Aparte*). Vale más que sea yo el árbitro de la suerte de Fontanases. (*A Avaloros*). Si apreciáis vuestros privilegios, ni una palabra.

AVALOROS.—Nada más discreto que el capital. (*Aparte*). Son desinteresadas hasta el momento en que aman. Procuraremos derribarla; resulta ya muy costosa.

#### ESCENA VII

FAUSTINA, QUÍNOLA

FAUSTINA.—¿Conque está triste?

QUÍNOLA.—Todo se vuelve contra él. (*Juego de escena entre los dos por el bono que Faustina tiene en la mano*).

FAUSTINA.—¿Pero, sabe luchar?

QUÍNOLA.—Dos años hace ya que bogamos entre dificultades, y alguna vez nos hemos visto ya en el fondo. Muy duro es el santo suelo.

FAUSTINA.—Sí, pero, ¡qué fuerza, qué genio!

QUÍNOLA.—Son los efectos del amor.

FAUSTINA.—¿Y á quien ama ahora?

QUÍNOLA.—¡Siempre á María Lothundiaz!

FAUSTINA.—¡Una muñeca!

QUÍNOLA.—¡Una verdadera muñeca!

FAUSTINA.—Los hombres de talento son así.

QUÍNOLA.—Verdaderos colosos con pies de barro.

FAUSTINA.—Convierten sus ilusiones en una criatura y quedan cogidos. Aman su propia obra. ¡Egoístas!

QUÍNOLA.—(*Aparte*). Lo mismísimo que las mujeres. (*Alto*). Vamos, quisiera que esa muñeca estuviera... en el fondo... no... sino de un convento.

FAUSTINA.—Me pareces un buen muchacho.

QUÍNOLA.—Quiero á mi amo.

FAUSTINA.—¿Se ha fijado en mí?

QUÍNOLA.—Todavía no.

FAUSTINA.—Hablale de mí.

QUÍNOLA.—Se ha de ir con cuidado, porque me amenaza con romperme un garrote en las espaldas. Ya veis, esa joven...

FAUSTINA.—Esa joven no debe existir ya para él.

QUINOLA.—¿Y si se muriese?

FAUSTINA.—¡Mucho la ama!

QUINOLA.—No es por culpa mía. Desde Valladolid hasta aquí le he venido predicando que un hombre como él debiera amar á todas las mujeres; pero á una sola jamás...

FAUSTINA.—Buen pícaro estás tú. Di á Lothundiaz que venga á verme y que él mismo me traiga á su hija. (*Aparte*). Irá á un convento.

QUINOLA.—(*Aparte*). Aquí es á el enemigo. Nos ama demasiado para que no nos haga todo el mal que pueda. (*Quinola sale cruzándose con D. Fregoso*).

### ESCENA VIII

FAUSTINA, don FREGOSO

FREGOSO.—Mientras esperáis al amo, tratáis de corromper al criado.

FAUSTINA.—¿Acaso debe una mujer perder la costumbre de seducir?

FREGOSO.—Sois un poco dura, señora. Creía que una patricia de Venecia procuraría no herir la susceptibilidad de un viejo soldado.

FAUSTINA.—Sacáis más partido de vuestros cabellos blancos que un joven de la más hermosa cabellera, y en ellos encontráis más razones que .. (*Rie*). Dejad ese mal humor.

FREGOSO.—¿Puedo dejarlo viendo que os comprometéis, vos á quien deseo hacer mi esposa? ¿Es poco llevar uno de los más hermosos nombres de Italia?

FAUSTINA.—¿Lo encontráis demasiado hermoso para una Brancador?

FREGOSO.—¿Preferís rebajaros hasta un Fontanares?

FAUSTINA.—Pero, si pudiera elevarse hasta mí, ¡qué prueba de amor! Además, ya lo sabéis por vos mismo, el amor no razona.

FREGOSO.—¡Y me lo confesáis!

FAUSTINA.—Sois demasiado amigo mío para que no seáis el primero en conocer los secretos.

FREGOSO.—¡Señora!... Sí, el amor es insensato. Os he dado más que á mí mismo. Quisiera poseer el mundo entero para ofrecéroslo. ¿No sabéis que vuestra colección de cuadros me ha costado casi toda mi fortuna?...

FAUSTINA.—¡Paquita!

FREGOSO.—¿Y que os daría hasta mi honor?

### ESCENA IX

Dichos, PAQUITA

FAUSTINA.—(*A Paquita*). Di á mi mayordomo que lleve los cuadros de la galería á casa de don Fregoso.

FREGOSO.—Paquita, no repitas esa orden.

FAUSTINA.—Me han dicho que el otro día Catalina de Médicis pidió á Diana de Poitiers las joyas que le había regalado Enrique II. Diana se las mandó fundidas en un lingote. Paquita, ve á buscar al joyero.

FREGOSO.—No hagáis tal, y salid. (*Sale Paquita*).

### ESCENA X

Dichos, menos PAQUITA

FAUSTINA.—Todavía no soy la marquesa de Fregoso. ¿Cómo dáis, pues, órdenes en mi casa?

FREGOSO.—Yo debo recibirlas, lo sé. ¿Vale toda mi fortuna una sola de vuestras palabras? Perdonadme un momento de desesperación.

FAUSTINA.—Hasta en la desesperación se debe ser hidalgo. Habéis hecho de Faustina una cortesana. Ah! ¿queréis que os adoren? Pues hasta la última de las venecianas os diría que eso cuesta muy caro.

FREGOSO.—Bien he merecido esa cólera terrible.

FAUSTINA.—¡Decís amar! Amar es someterse sin esperar la menor recompensa. Amar es vivir bajo otro sol, temeroso de alcanzarlo. No disfracéis vuestro egoísmo con los esplendores del verdadero amor. Una mujer casada, Laura de Noves, ha dicho á Petrarca: «Serás mío sin esperanza; queda en la vida sin amor.» Pero Italia ha coronado al amante sublime al coronar al poeta, y los siglos venideros admirarán siempre á Laura y á Petrarca.

FREGOSO.—Ya no me eran muy simpáticos los poetas, pero á ese lo detesto. Todas las mujeres, hasta el fin del mundo, lo echarán á la cara de los amantes que quieren conservar sin decidirse á tomarlos de veras.

FAUSTINA.—Os llaman general; no sois más que un soldado.

FREGOSO.—Veamos, ¿en qué debo imitar á ese maldito Petrarca.

FAUSTINA.—Si me amáis de veras, evitad á un hombre de genio (*Sorpreza de Fregoso*)... Oh! sí, lo tiene... el martirio que quieren hacerle sufrir esos gorgojos. Sed grande, protegedle. Sufriréis, lo sé, pero ayudadle. Entonces creeré que me amáis, y seréis más

ilustre por este rasgo de generosidad que por la toma de Mantua.

FREGOSO.—Delante de vos, aquí, todo me es posible; pero no imagináis mi furor al obedecerlos.

FAUSTINA.—Ah! ¿os quejaréis de obedecerme? FREGOSO.—Que lo protejáis y le admiréis, está bien; pero ¿no lo amáis?

FAUSTINA.—No quieren darle el buque que el rey le ha concedido. Vos se lo daréis al instante, de una manera irrevocable.

FREGOSO.—Y lo mandaré á que os dé las gracias.

FAUSTINA.—Así es como os amo.

## ESCENA XI

FAUSTINA, sola

FAUSTINA.—¡Y hay mujeres que desean ser hombres!

## ESCENA XII

FAUSTINA, PAQUITA, LOTHUNDIAZ, MARÍA

PAQUITA.—Señora, Lothundiaz y su hija.

## ESCENA XIII

Los mismos, menos PAQUITA

LOTHUNDIAZ.—Ah! señora, habéis hecho de mi palacio un reino!...

FAUSTINA.—(*A María.*) Hija mía, venid á mi lado. (*A Lothundiaz.*) Sentaos.

LOTHUNDIAZ.—¡Qué bondadosa sois! Permittedme que vaya á ver esos famosos cuadros de que tanto se habla en toda Cataluña. (*Sale.*)

## ESCENA XIV

FAUSTINA, MARIA

FAUSTINA.—Mucho os quiero, hija mía. Co-  
nozco vuestra situación: Vuestro padre  
quiere casaros con mi primo Sarpi y vos  
amáis á Fontanares.

MARIA.—Desde hace cinco años, señora.

FAUSTINA.—A dieciseis años aún no se sabe lo  
que es amar.

MARIA.—¿Qué importa eso si amo?

FAUSTINA.—Para nosotras, ángel mío, amar es  
ser toda abnegación.

MARIA.—Mi abnegación no tiene límites.

FAUSTINA.—Veamos. ¿renunciáis á él por él  
mismo, por interés suyo?

MARIA.—Eso sería morir; pero mi vida le per-  
tenece.

FAUSTINA.—(Aparte, levantándose.) ¡Qué poder  
tiene la débil inocencia! (Alto.) Jamás os  
habéis separado de la casa paterna. No  
conocéis el mundo, ni sus necesidades, que  
son terribles. Con frecuencia un hombre se  
pierde por haber encontrado una mujer que  
lo ama demasiado, ó una que no lo ama  
absolutamente nada. Y podría suceder que  
Fontanares se encontrase en este caso.  
Tiene enemigos poderosos; su gloria, que  
es toda su vida, en sus manos está. Vos po-  
déis desarmarlos.

MARIA.—Decidme cómo.

FAUSTINA.—Casándoos con Sarpi aseguraríais  
el triunfo de Fontanares; sólo, que una mu-  
jer no debe ni puede aconsejar semejante  
sacrificio. Ha de salir de vos misma Ante  
todo, sed astuta. Ausentáos de Barcelona  
por algún tiempo. Retiráos á un convento.

MARIA.—¡No verlo más! ¡Si supieseis! Pasa to-  
dos los días por casa á la misma hora, y esta  
hora es para mí el día entero.

FAUSTINA.—(Aparte.) ¡Me apuñalea el corazón!  
Oh! será condesa de Sarpi!

## ESCENA XV

Los mismos, FONTANARES

FONTANARES.—(A Faustina.) ¡Señora!... (Le  
besa la mano.)

MARIA.—(Aparte.) ¡Qué dolor!

FONTANARES.—Ojalá viva yo muchos años para  
demostraros mi agradecimiento! Si algo  
soy, si conquistó un nombre, si alcanzo la  
dicha á vos os lo deberé.

FAUSTINA.—Nada he hecho todavía. Quiero  
allanaros el camino. Me afectan tanto las  
desventuras que encuentran siempre los  
hombres de talento, que estoy dispuesta á  
serviros en todo. Si, llegaré hasta serviros  
de escabel para que alcancéis la corona  
del triunfo.

MARIA.—(Tira de la capa á Fontanares.) Estoy  
aquí, (El se vuelve), y ¡no me habéis visto!

FONTANARES.—¡Maria! ¡Diez días sin hablarle!  
(A Faustina.) Oh! señora sois un ángel!

MARIA.—(A Fontanares.) Un demonio, debe-  
rías decir. (Alto.) La señora me aconsejaba  
que entrase en un convento.

FONTANARES.—¿Ella?

MARIA.—Sí.

FAUSTINA.—¡Qué niños sois! Es preciso.

FONTANARES.—¡Lazos en todas partes! El favor  
oculta abismos. (A Maria) ¿Quien os ha  
traído aquí?

MARIA.—Mi padre.

FONTANARES.—¡El! ¿Pero está ciego ese hombre? ¿Tú, María, en esta casa?

FAUSTINA.—¡Caballero...!

FONTANARES.—Ah! á un convento! ¡Para encadenar su pensamiento, para torturar su alma!

### ESCENA XVI

Los mismos, LOTHUNDIAZ.

FONTANARES.—¡Y traéis á este angel de pureza á casa de una mujer por la que don Fregoso disipa su fortuna, de una mujer que acepta de su amante obsequios locos sin casarse con él...!

FAUSTINA.—¡Caballero...!

FONTANARES.—Llegasteis aquí, señora, siendo la viuda del menor de la casa Brancador, á quien sacrificasteis lo poco que os dió vuestro padre, lo sé ¡Mucho habeis cambiado aquí!

FAUSTINA.—¿Con qué derecho juzgáis mis acciones?

LOTHUNDIAZ.—Ahi tienes, hija mía, el hombre de genio á quien amas. Extremado en todo. La locura acecha siempre á estos inventores.—Señor mecánico, la señora es pariente y protectora de Sarpi.

FONTANARES.—Pero llevaos á vuestra hija de casa de la marquesa de Mondéjar, de Cataluña misma.

### ESCENA XVII

FAUSTINA, FONTANARES.

FONTANARES.—Ah! ¿Conque vuestra generosidad, señora, no era más que un ardid para favorecer á Sarpi? Estamos en paz entonces. Quedad con Dios...

### ESCENA XVIII

FAUSTINA, PAQUITA.

FAUSTINA.—¡Qué hermoso estaba colérico, Paquita!

PAQUITA.—Ah! señora, ¿qué será de vos si lo amáis de ese modo?

FAUSTINA.—Voy viendo que no he amado nunca. He cambiado en un instante con la rapidez del rayo. En un solo momento amo por todo el tiempo perdido. Tal vez estoy al borde de un abismo. Que vaya un criado á casa de Mateo Magis, el prestamista.

### ESCENA XIX

FAUSTINA sola.

FAUSTINA.—Lo amo ya demasiado para que confie mi venganza al puñal de Monipodio. Me ha despreciado cruelmente. Yo le obligué á mirar como el mayor de los honores poder llamarme su esposa. Quiero verle á mis pies, ó pereceremos en la demanda.

### ESCENA XX

FAUSTINA, D. FREGOSO.

FREGOSO.—Pues yo creía encontrar aquí á Fontanares regocijado al saber que vos le dabais el buque.

FAUSTINA.—¿Se lo habéis dado vos? ¿No le odiáis? Yo creía que el sacrificio era superior á vuestras fuerzas. Deseaba saber si sabiais mejor amar que obedecer.

FREGOSO.—Ah! señora...!

FAUSTINA.—¿Podréis quitárselo?

FREGOSO.—Obedezca ó no, ya sé que jamás



haré nada á vuestro gusto. ¡Dios mío! ¡Quitarle el buque! Pero, si ya lo tiene lleno de obreros .. Son los amos allí.

FAUSTINA.—¿Conque no sabéis que le odio, y que quiero...?

FREGOSO.—¿Su muerte?

FAUSTINA.—Eso no. Su ignominia.

FREGOSO.—Ah! al fin voy á vengarme de un n. es entero de angustias!

FAUSTINA.—Guardaos de tocar mi presa; me pertenece. Y ante todo, don Fregoso, volved á coger los cuadros de mi galeria (*Movimiento de asombro en don Fregoso*). Lo quiero.

FREGOSO.—¿De modo que rehusáis ser la marquesa de...?

FAUSTINA.—Los quemo en plena plaza pública, ó los vendo para dar el dinero á los pobres.

FREGOSO.—En fin, ¿qué razón es la vuestra?

FAUSTINA.—Tengo sed de honor y vos habéis comprometido el mío.

FREGOSO.—Pues si es así aceptad mi mano.

FAUSTINA.—Bah! dejadme.

FREGOSO.—Mientras más poder se os da más abusáis de él.

## ESCENA XXI

FAUSTINA sola.

FAUSTINA.—¡Oh! voy á urdir con Avaloros y Sarpi una trama digna de Venecia.

## ESCENA XXII

FAUSTINA, MATEO MAGIS.

MAGIS.—¿Necesita la señora mis humildes servicios?

FAUSTINA.—¿Quien sois, pues?

MAGIS.—Mateo Magis, pobre prestamista de Milán, para servirlos.

FAUSTINA.—¿Conque prestais?

MAGIS.—Sobre buenas prendas, diamantes, oro; un pequeño comercio. Las pérdidas nos aplastan, señora. El dinero duerme con frecuencia Ah! es un trabajo muy duro cultivar los maravedises. Un solo negocio malo se lleva la ganancia de diez buenos, pues exponemos mil escudos en manos de un derrochador para ganar sólo tres cientos, y esto es lo que encarece el préstamo. El mundo nos trata con mucha injusticia.

FAUSTINA.—¿Eres judío?

MAGIS.—¿En qué sentido?

FAUSTINA.—De religión.

MAGIS.—Soy lombardo y católico, señora.

FAUSTINA.—Eso me contraría.

MAGIS.—La señora hubiera preferido que...

FAUSTINA.—Sí, en las garras de la inquisición.

MAGIS.—¿Y por qué?

FAUSTINA.—Para estar segura de vuestra fidelidad.

MAGIS.—Muchos secretos poseo, señora.

FAUSTINA.—Si tuviera vuestra fortuna en mis manos...

MAGIS.—Tendriais mi alma.

FAUSTINA.—(*Aparte*). Es preciso conquistarlo por el interés, no hay otro medio. (*Alto*). Prestáis ..

MAGIS.—Al cinco por ciento.

FAUSTINA.—Os engañais siempre. Sé que prestais vuestro nombre al señor Avaloros.

MAGIS.—Conozco al señor Avaloros, un banquero. Hacemos algunos negocios; pero su nombre está tan alto en la plaza y tiene tanto crédito en el Mediterráneo que no necesita jamás del pobre Mateo Magis.

FAUSTINA.—Eres discreto. Si quisiera usar tu nombre en un gran negocio...

MAGIS.—¿Contrabando?

FAUSTINA.—¿Qué te importa? ¿Qué garantía me darás de tu completa sumisión?

MAGIS.—Lo que haya de ganar.

FAUSTINA.—(Aparte). ¡Que hermoso perro de presa! (Alto). Pues bien, venid y conoceréis un secreto. Es cosa de jugarse la vida, porque os voy á dar á un grande hombre para que lo devoréis.

MAGIS.—Mi humilde comercio se alimenta de grandes pasiones. Mujer hermosa, gran interés.

## TELÓN



## ACTO TERCERO

El teatro representa el interior de una cuadra. En el techo, heno. En las paredes, ruedas, tubos, espigones, una gran chimenea de cobre, una gran caldera. A la izquierda, un poste con una madona esculpida. A la derecha, una mesa sobre la que se ven papeles, é instrumentos de matemáticas. En la pared, sobre la mesa, un cuadro negro con figuras. Sobre la mesa una lámpara. Al lado del cuadro, una tabla, sobre la cual hay cebollas, un cántaro y pan. A la derecha, una gran puerta de cuadra, y, á la izquierda, otra que da al campo. Al lado de la virgen una cama de paja. Es de noche.

### ESCENA PRIMERA

FONTANARES, QUÍNOLA

(Fontanares con bata negra, sujeta con un cinturón de cuero, trabaja junto á la mesa. Quínola examina las piezas de la máquina.)

QUÍNOLA.—Pero, si yo también he amado, señor. Sólo que cuando conocí bien á las mujeres las mandé á paseo. Las copas y la buena mesa no engañan nunca y nos engordan. (Mira á su amo). Bueno. No me oye. Hay que forjar estas tres piezas. (Abre la puerta) Eh! Monipodio!